

rio, el cual llegó á apoderarse de la persona del papa al tiempo mismo que celebraba la misa de media noche en la Natividad del Señor: le arrancó del altar y le condujo á una prision; mas conmovido el pueblo, se reunió en grandes masas, echándose sobre él y sus satélites y liberando al papa en la misma hora.

No contento, pues, con tantos golpes escandalosísimos, reunió sus fuerzas y se dirigió á Roma, llevando consigo al antipapa Guiberto con grande comitiva de prelados y clérigos corrompidos, con el fin de tomar á Roma por armas, deponer á Gregorio y colocar á Guiberto, antipapa, en la silla misma de San Pedro. Entonces fué cuando Hermana de Luxemburgo y Othon de Nordeims marchaban en su seguimiento con numeroso y aguerrido ejército, y que por la muerte de Othon se frustró la empresa.

Libre Enrique de este temor, continuó el sitio que había puesto á Roma: no pudo tomarla por armas; pero acudió á la intriga, á las astucias y á la seducción, y logrando corromper mucha parte del pueblo romano, llegó á apoderarse de la ciudad, porque los romanos se la entregaron en el dia mismo en que él trataba ya de levantar el sitio y volverse á Alemania.

Duño de Roma, hizo cuanto traía pensado: colocó á Guiberto en el trono pontificio y lo hizo reconocer como papa legítimo, siendo intruso y simoníaco: luego se hizo coronar emperador por el mismo antipapa. Lo que no pudo fué apoderarse de la persona de Gregorio, porque éste se había retirado al Castillo de Sant-Angelo y hechóse fuerte en él.

En esto tuvo noticia de que el archiduque Roberto Guiscardo venia al socorro de Roma con treinta mil norman-

dos, y como no se encontrase capaz de sostener el choque, salió precipitadamente de Roma y se retiró á Alemania con sus fuerzas y con el antipapa Guiberto. Los normandos llegaron á Roma, y como no se les recibiese como amigos, entraron como enemigos y cometieron mil desórdenes: saquearon, mataron, incendiaron, y con esta barbarie se hicieron tan terribles como Enrique.

Quedó la ciudad en tal situacion, que el papa no pudo habitar en ella y la dejó, yéndose al monasterio del Monte Casino y despues á Salerno: no merecia menos aquella ciudad ingrata y venal. En Salerno, Gregorio se sintió desfallecido; y conociendo que se acercaba su fin, se dedicó á prepararse para la muerte. Durante su enfermedad, que era una consumpcion provenida de su vida agitada y trabajosa, los cardenales le pidieron gracia en favor de los excomulgados, y se las concedió, exceptuando no mas á los que notoriamente permanecian en su obstinacion, como eran el emperador Enrique, el antipapa Guiberto, y los que le sostenian en su impiedad y crímenes. Por fin, acercándose mas su último instante, dió la bendicion á los circunstantes y pronunció estas palabras, que fueron las últimas: "He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro." Este grande hombre espiró el 25 de Mayo de 1085, despues de haber gobernado la Iglesia doce años, un mes y tres dias. El mundo entero había visto que en efecto la religion y la justicia eran todo su norte: por sostenerlas había trabajado incesantemente veinte años antes de llegar al pontificado, y doce en éste, sin temer el poder de los reyes ni arredrarse por lo dificultoso de su empresa. Tuvo la desgracia de hallar sobre los tronos hombres corrompidos y

obstinados en el mal; Felipe I de Francia por su liviandad, Enrique IV de Alemania por su tiranía y atentados, Boleslao de Polonia por su disolucion y su crueldad le probaron terrible; pero de éstos solo Boleslao, que arrastraba el reato de haber martirizado al obispo San Estanislao, vió una pronta y desastrosa muerte con que le castigó la justicia divina: para los otros estuvo siempre abierta la puerta de la misericordia, y les concedió Gregorio cuantos plazos pidieron. Si ellos se endurecieron, si en vez de poner coto á sus excesos, los aumentaron mas y mas, y con ellos se obstruyeron el camino de la reconciliacion, la culpa es solo de ellos.

Por lo que respecta á los puebllos, puede decirse que jamas tuvieron un papa mas filantrópico ni mas amigo de su justicia, de su libertad y de sus derechos: la religion y la moral del pueblo, su bienestar, su incolumidad de la opresion y tiranía fueron el objeto de sus empresas, y por cuyo logro no dudó hacer rostro á los reyes, exponiéndose al manifesto peligro de su propia libertad y de su vida.

El clero y la gerarquía de los obispos le debieron el haberlos sacado del profundo de abyeccion y envilecimiento en que se hallaban siendo siervos de los príncipes seculares, y prostituyendo su alta dignidad á las ocupaciones y ejercicios de la clase mas ínfima.

Por lo demas, si Gregorio no vió el logro todo de su empresa, si en vez de hijos obedientes y dóciles se vió cercado de enemigos, si los puebllos y los reyes se le insurreccionaron, si su empresa, por último, apareció frustrada y dada al traste, nada importaba; el golpe estaba dado, y los papas, los obispos, los puebllos fieles iban á recoger el fruto de la empresa en los años siguientes. No era Gre-

gorio, no era el hombre autor de esta reparacion del mundo; Dios era el que la hacia, y habia empleado á Gregorio como un instrumento de su providencia, capaz en la mano de Dios de haber vuelto al mundo de la muerte á la vida, pero hasta el punto á que se extendia la disposicion divina; el resto de la obra tocaba á la providencia que emplearia, como empleó, otros instrumentos á propósito, segun los tiempos y circunstancias.

Al advenimiento de Gregorio al trono pontificio, la Iglesia y el Estado eran un cuerpo entorpecido, sin calor, sin movimiento, sin sensacion alguna, y puede decirse, sin esperanza de recobrar la vida. La empresa de Gregorio fué arrancar á este paralítico de las garras de la muerte: él le aplicó el cauterio y la cantárida de sus conminaciones y anatemas: él le dió el émético de sus exhortaciones y enseñanzas y de todas sus providencias, dirigidas únicamente á que arrojase de sí el pecado y la iniquidad de que se hallaba atestado. La medicina, fuerte y recia, produjo por todas partes un movimiento que parecia ser el de la convulsion precursora de la muerte, pero que no fué en realidad sino una crisis saludable con que recobraba la salud y la vida. La cura estaba hecha: este movimiento mismo era el indicio de que los rayos del Vaticano habian despertado al mundo; como habian estallado sobre las cabezas de los reyes y príncipes, de obispos y preladados, de clases y comunidades, nadie pudo ignorar ni el hecho ni su causa: todos abrieron los ojos; todos conocieron que aquella situacion era espantosa; todos echaron de ver el entorpecimiento en que habian vivido y la ceguedad en que se hallaban, sin saber discernir el bien del mal, sin distinguir la virtud del vicio, sin conocer el error ni el pe-

cado mismo, pues se tenía por bien vivir lo que no era sino un pecado habitual, un mal estado. Entonces sucedió lo que era natural, que la generalidad de las gentes que aprecian la verdad y la virtud corrieron á ponerse bajo los estandartes de la religion, y que el resto de los hombres, que no siguieron este movimiento restaurador, quedaron descubiertos y conocidos por malos y prevaricadores. ¡Qué importa que ellos tambien se reunieran y se pusieran en movimiento contra la Iglesia y su sábio pontífice? Este mismo movimiento los acabó de descubrir, y el mundo señaló con el dedo á los hombres de la barbarie y la inmoralidad, y detestó su conducta. La obra estaba hecha, y caminaba á su plenitud y perfeccion por el mismo curso natural de las cosas.

Una restaba, y era descargarse del exceso de gente viciada, y para ello ayudó admirablemente la cruzada ó guerra contra los sarracenos en que pensó Gregorio VII y que realizó su sucesor Urbano II; pues como observa un crítico historiador de nuestros días, fué una disposicion eminentemente civilizadora, ya porque se daba un golpe fuerte á aquel imperio enemigo de las luces, y ya porque en Europa se cortaban de un golpe las desavenencias y guerras en que se consumian los pueblos, y se daba á éstos y sus ejércitos un objeto grandioso y de comun interés, ó interés religioso, en que pudieran emplear sus fuerzas, dando de pronto el resultado de quitar de la Europa á los hombres de edad, encaprichados en sostener el feudalismo y las investiduras, y que en los negocios y cargos de los reinos entrasen con mas prontitud hombres menos preocupados, en quienes mas fácilmente pudiesen imprimirse las ideas de la verdadera civilizacion, que es la cristiana.

Finalmente, el impulso dado por Gregorio al mundo cristiano, vino á producir muy en breve el establecimiento de las órdenes religiosas que tanto han afianzado y perfeccionado el ejercicio de la religion, que tanto apoyo han prestado á la Iglesia, y tanta ilustracion han dado al mundo.

